LA PERFECCION DE LA GUERRA.

Estábamos á punto de no saber qué hacer de nuestra admiracion.

La cuestion á primera vista parece que no era más que una cuestion de ortografía, pero en realidad era una cuestion muy grave.

Podia pensarse que se acercaba el fin del mundo, como quien dice, ese momento en que cayendo por última vez el telon, se dice á los espectadores: «amigos mios, esto se acabó.»

Podia sospecharse que habiamos llegado á la plenitud imposible del progreso indefinido, en atencion á que ningun suceso extraordinario venia á señalar un paso más en la marcha majestuosa de la civilizacion moderna.

Parecia que se habia agotado el tesoro de los prodigios, que se habia leido la última página del libro de las maravillas humanas, que el hombre, en fin, dios de esta creacion, se habia cruzado de brazos, como quien dice: «todo está hecho.»

Cuando todo está hecho, ya no hay más que hacer; y cuando todo está visto, los ojos son completamente inútiles, y no queda más recurso que cerrarlos.

Tal era nuestra situacion.

Nada nuevo ni nada extraordinario venia á decirnos: admiráos; esto es, alzad los ojos ante esta nueva maravilla; arrodilláos ante el último prodigio que acaba de salir

de las manos del hombre; doblad la cabeza ante este imposible realizado por el poder de la ciencia, de la industria ó del arte, cuando la voz imperiosa de la fama esparce por el mundo una nueva celebridad y un nuevo invento, maravilla que indudablemente ha de llenar de admiracion y de gratitud al mundo civilizado.

Esta vez la voz no ha salido de la vieja Europa, pues viene á iluminar el mundo moderno de las apartadas regiones de la vírgen é inocente América.

Por una coincidencia singular, cuyo secreto no está á nuestro alcance, el prodigio humano que llama á las puertas de nuestra admiracion viene del Norte de América, como antes vinieron del Norte de Europa los bárbaros que se hicieron dueños del mundo entonces conocido.

Atila, al cabo de tantos siglos, vuelve, digámoslo así, á estar á las puertas de

Roma; pero, repito, que esta vez no viene del Norte de Europa, sino del Norte de América, ni trae en la mano aquella terrible espada, terror de Italia, ni cabalga sobre aquel memorable caballo, cuyos cascos herian la tierra condenándola á esterilidad perpétua.

Donde el caballo de Atila estampaba su planta no volvia á nacer la yerba.

Atila es hoy otra cosa; es todo lo contrario: aquel era la barbarie, éste es la civilizacion; aquellas eran hordas, éstas son ideas; aquellos eran pueblos hambrientos y salvajes; éstas son sociedades civilizadas y ricas.

La diferencia que existe entre uno y otro es la que hay entre una espada y un fusil; entre uno y otro Atila se levanta como un mar de fuego la invencion de la pólvora.

Aquel era el acero, éste es el plomo: el

primero era el brazo, el se gundo es la cabeza.

El procedimiento de aquel bárbaro era lento, pesado, feroz; su espada tenia que destruir golpe á golpe; él mismo tenia que ir á buscar su enemigo para degollarlo.

¡Qué horror! las guerras eran interminables.

El hombre empapaba sus manos en la sangre de los hombres; era imposible matar sin que la sangre del vencido no salpicara la mano del vencedor.

Todo eso ha ido desapareciendo poco á poco, y estamos dándole la última mano al sistema breve, pronto y culto de matar sin que las manos se manchen de sangre.

La civilizacion moderna acaba de poner este adelanto casi en los límites de la perfeccion.

Un yankee nos acaba de hacer felices, y viene del Norte de América á Europa

á recoger los testimonios de admiracion que hay decretados para honrar la memoria de los grandes hombres que se han consagrado al servicio de la humanidad.

La fama, que todo lo averigua y todo lo dice, no nos ha comunicado aún el nombre de este ilustre yankee; pero debe por hoy contentarse nuestra curiosidad con saber que es ciudadano de la gran República.

Este yankee ha inventado..... descubrámonos antes de pronunciar la luminosa palabra..... ha inventado un fusil.

Ahora abramos la boca para oir con señales visibles de admiracion la primera circunstancia maravillosa de tan insigne prodigio.

Este fusil tiene un alcance de mil metros.

Asombrémonos: un poco más, y la bala de ese fusil llega á dar la vuelta al mundo.

Este instrumento civilizador se carga por la culata, y los cartuchos depositados préviamente en una cámara que sabe perfectamente su oficio, pasan al cañon con tal rapidez, que pueden hacerse treinta disparos por minuto.

Los que no están en los secretos de la civilizacion moderna; los que, por lo tanto, no sepan apreciar todo el alcance civilizador de esa admirable máquina, es posible que pregunten:

—Y bien; ¿qué ha conseguido el autor con el descubrimiento de ese terrible artículo?

Nosotros, riéndonos de tan crasa ignorancia, contestaremos:

—Por medio de este ingenioso mecanismo ha conseguido el inventor que su carabina pueda matar treinta hombres por minuto, ó sea mil ochocientos por hora.

Y despues de dar esta respuesta, añadiremos:

—¿Le parece á usted poco?

No es posible que el mundo niegue á ese yankee ilustre el homenaje de la admiracion, rindiendo culto á un sentimiento de justicia.

Téngase en cuenta que el complicado mecanismo de su carabina ha simplificado y reducido el espectáculo de las batallas.

Sembrar un campo de cadáveres ha sido por espacio de muchos siglos una operacion trabajosa y difícil; la espada más aguda no tenia tiempo en veinticuatro horas para herir treinta veces, y jamás ha habido un brazo bastante robusto que haya podido herir durante dos horas sin rendirse.

Aquí hay, pues, un instrumento que hace en un minuto lo que antes no podia hacer el hombre en un dia.

Veamos bien el caso que se nos presenta.

Dos ejércitos armados con esas carabinas se destrozan en un abrir y cerrar de ojos; ó el descubrimiento es casi inútil, ó cada carabina pone á treinta hombres fuera de combate, y por esta regla venimos á parar en que la batalla más reñida no puede durar más de un minuto.

Pónganse dos ejércitos uno enfrente de otro, armados con esa prodigiosa carabina, y que rompan el fuego, y al minuto, reduciendo los efectos de esa arma á la mitad, tendremos que cada soldado de uno y otro ejército ha puesto fuera de combate á quince enemigos.

Si la mitad es mucho todavía, redúzcase á la sexta parte, y tendremos que en un minuto cada soldado mata á cinco enemigos, y resulta que la batalla se concluye á los veinte segundos; ó lo que es

lo mismo, que ambos ejércitos desaparecen en la tercera parte de un minuto, á no ser que uno sea cuatro veces mayor que el otro.

Aun reducidos los rápidos efectos de esa prodigiosa carabina á la sexta parte, resulta que no hay batalla que pueda pasar de sesenta segundos.

Confesémoslo ingénuamente: dos ejércitos enemigos armados uno contra otro con el cólera fulminante, no se destrozarian tanto como pueden destrozarse con esas prodigiosas carabinas.

Porque, ó de esas carabinas se aprovechan cinco tiros de treinta, ó el ingenioso yankee no ha hecho más que inventar la carabina de Ambrosio.

De todos modos, el descubrimiento es civilizador: en el primer caso, porque reduce las guerras á un sistema de abreviatura, que consiste en matar más gente

en menos tiempo; y en el segundo caso, se ve que si el instrumento no destroza treinta hombres en un minuto, la intencion del inventor era que los destrozara.

Cuando se examina el asíduo empeño con que el hombre moderno se ha consagrado á la perfeccion de toda clase de armas, se le ocurre á uno sospechar que la última palabra de esta civilizacion va á salir más tarde ó más temprano de la carabina más perfecta ó del cañon más formidable.

Parece como que toda esta ciencia, todos estos derechos, todas estas libertades, todos estos adelantos, tienen una síntesis que ha de salir del taller de algun mecánico extraordinario.

Antes se decia: la espada de Alejandro, la espada de Aníbal, la espada de César; y podemos llegar hasta el princi-

pio del siglo y decir: la espada de Napoleon.

Pero ya no hay espadas; hay carabinas *minié*, fusil de aguja, cañones rayados, ametralladoras, cartuchos *lefaucheux*.

Se ha perdido en gloria militar, pero ha ganado la fuerza de las armas.

Las guerras son más sangrientas, pero mucho más breves; lo que se pierde en sangre se gana en tiempo; y la sangre no ha sido nunca más que sangre, y el tiempo ya es oro.

Hemos llegado á la perfeccion auténtica de la guerra.

Cien mil cadáveres franceses y prusianos tendidos á las orillas del Rhin, dan precisamente en estos momentos testimonio de esta perfeccion gloriosa.

CONCLUSION.

I.

En 1867, movido mi ánimo por el esplendor de dos grandes sucesos, cogí la pluma y escribí estos rápidos renglones:

«Todo el mundo va á la Exposicion de Paris.

Este es el gran asunto de estos dias.

¿Qué es la Exposicion de Paris?

Por de pronto es el tema obligado de todas las conversaciones, el objeto de la

admiracion universal, y el punto donde se ha dado cita el dinero del mundo para reunirse allí como en un gran bolsillo.

Mirado el caso desde el punto de vista de lo *positivo*, es un gran negocio que hace Paris.

Elevando un poco la consideracion sobre la pequeñez de esos miles de millones de francos que acuden de todas partes para reunirse en Paris y circular por todas las venas del Imperio, la Exposicion es el resultado maravilloso de todas las fuerzas intelectuales, aplicadas con singular empeño á la perfeccion de la materia

Digámoslo con franqueza: la Exposicion de Paris es el gran milagro del poder humano.

El hombre, sintiendo su corazon inflamado por el fuego de la soberbia, puede decir:

«Hé aquí mi obra.»

La materia dócil se ha sometido como una esclava á todos sus caprichos.

Parece que el hombre, infundiendo en ella su propia inteligencia, le ha comunicado su voluntad, su vida y su alma.

¡Qué perfeccion en todas las obras!

Las máquinas parecen séres animados que tejen, que hilan, que doman el hierro, que ablandan el acero, que endurecen el barro.

La naturaleza avergonzada se esconde en las soledades de los bosques, en el seno de las ásperas montañas, ante la grandeza de las obras que salen de las manos del hombre.

Hace dos meses que Paris se abre á los ojos del mundo como el universo que el hombre mismo se ha creado.

Allí están en exposicion admirable todos los adelantos de la civilizacion; esto

A los cuatro años, esto es, en Setiembre de 1870, al formar la coleccion de estos apuntes apresuradamente anotados, nos encontramos á Francia arrollada por Prusia en una campaña de veinte dias; vencida, humillada, sin sangre, sin dinero y sin honra, y Roma siempre amenazada existe todavía: ha caido el imperio en medio del más espantoso desastre, y Roma abandonada al ódio de todos sus enemigos todavía vive: para Francia no hay esperanza; Roma aún espera.

Francia... ¡qué castigo!... Roma..... ¡qué milagro!

La soberbia Francia..... ¡qué ignominia!..... La humilde Roma..... ¡qué grandeza!.....

Napoleon III avergüenza..... Pio IX admira.

Desde el principio del mundo el cielo estuvo sobre la tierra, la Fé sobre la razon, Dios sobre el hombre.

INDICE.

	Págs.
Dedicatoria	5
Introduccion	7
El principio y el fin	19
Un hombre libre	33
El hombre esclavo	47
Triunfo de la materia	59
La belleza eterna	71
La emancipacion de la mujer	87
El matrimonio civil	103
Manos vivas y manos muertas	121
La caridad moderna	131
La gran ciencia	143
Más ciencia nueva	155